



NUEVO Y CURIOSO ROMANCE,

en que se dá cuenta y declara los hechos, valentias y arrojos del Andaluz mas valiente llamado Francisco Correa.

Oid, mancebos valientes,
los que blasonais de guapos,
los que andais con bizarrías,
ocupados todo el año
con la espada y la rodela,
armados de punta en blanco.
Calle aquí Francisco Estevan,
aunque fué tan alentado,
y Don Agustin Florencio
no blasone de bizarro,
cuelgue Romero la charpa
las escopetas, y frascos,
mientras paso á referir
los hechos, y los estragos
del mas valiente Andaluz,
y del Tigre mas bizarro.
En la ciudad de Sevilla,
la mejor de sus Estados,
que Don Cárlos Cuarto tiene
debajo de su mandato,
nació Francisco Correa,
para el azote de bravos,
de todos los Jaquetones,
y de Justicias y de guapos.
Apenas ocho años tuvo
á la escuela lo enviaron
y un dia por la leccion,
quiso ponerle las manos
el maestro, pero él
de la palmeta agarrando,
se hizo á fuera, y le tiró
en las narices un tanto,
que se las deshizo, y luego
voló á la calle de un salto.
Principios quieren las cosas,
que así lo dice el adagio.
Creció en tiempo, y valor
hasta los diez y seis años,
siendo el respeto de todos,
y de la Justicia espanto.
Viendo sus padres aquesto,
á Cádiz lo han despachado,

y un dia estando en el muelle
con su capa rebozado,
se llegó un señor Sargento
de España con otro gancho,
diciéndole, si queria
sentar plaza de soldado;
y arrancando de un rejon
repartió seis rejonazos:
y con esto los dejó
á los dos agonizando.
Echó por una calleja
poco á poco paseando,
sin que ninguno supiese,
quien fué el autor de aquel daño.
Se mantuvo algunos dias,
viviendo ya con cuidado;
despues tuvo un desafio
con Don Iñigo Avendaño,
por una discreta Dama.
Salieron los dos al campo,
y arrancando las espadas
cada uno procurando
dar la muerte á su enemigo,
astutos lances buscando:
Avendaño es muy valiente:
pero Correa con garbo
dos estocadas le dió
en el sitio de un ochavo,
bastantes para morir,
y así lo dejó en el campo.
Por estos y otros motivos
le fué preciso el amparo
de un convento que habia cerca
de aquel Serafin llagado,
donde encontró por amigo
á un valiente Toledano
que por sus muchos delitos
estaba ya pregonado.
Martes de Carnestolendas
fueron á correr un gallo
riñeron cuatro pendencias,
mataron un Escribano;
y en punto de la Oracion
se venian retirando
por la calle de la Torre,
y en la puerta del estanco
encontraron la Justicia
con mas de veinte soldados:
así que los conocieron
seis tiros les han tirado;
mas ellos les embistieron
mas valientes que un Bernardo,
peleaban de rodillas
á estocadas y balazos.
Empezaron á dar voces,
ha de la guardia llamaron;
escusado es que viniese,
que tambien la atropellaron,
y el señor Gobernador
estaba brotando tacos
con grandísima impaciencia:
mandó luego de contado
á cualquiera que prendiese
á Correa de premiarlo.
Un ministro que tenia
en Cádiz fama de guapo,
lo puso en ejecucion,
pero le salió al contrario,
porque Francisco tenia
algunos pelos de Diablo.
Una noche le cogió
en un sitio solisario,
y el corazon le sacó
en el puñal enredado.
Se metió en Santo Domingo.
en ocasion que llegaron
muchos guardas de Millones,
de Rentas, y de Tabaco,
para registrar la Iglesia;
mas como estaba enfadado
les dijo: el que no quisiere
quedarse aquí sepultado,
no tiene sino salir
presto de aqueste Sagrado:
y viendo que se tardaban,
les disparó un trabucazo,

y en breve tiempo quedó
el sitio desocupado.
Se pasó luego á Sevilla
con intento depravado,
que á Don José Escandalosa
lo quiere ver enterrado.
No faltó quien le avisó,
con que vive con cuidado
metiendo una peticion
á la Sala, y han mandado,
que vayan para prenderle
cincuenta y cinco soldados,
y que Escandalosa sea
de todos estos el cabo.
Llegaron á San Julian,
que allí se habia refugiado:
cuando vió tanto bullicio,
Correa se ha levantado,
metiendo mano á un trabuco
de bronce, bien pertrechado,
diciéndoles: caballeros,
el entierro está pagado;
pero quiero ver primero
quien tiene el hígado sano.
El Cura, viendo el peligro,
a sus pies se ha arrodillado,
diciéndole: mira, hombre,
por Cristo Crucificado
que no se pierda esta Iglesia.
A cuyo tiempo ha llegado
un ministro por detrás,
y un cañonazo le ha dado
en la cabeza, y cayó
aturdido y lo agarraron.
Lo llevaron con gran guardia,
y en la cárcel lo dejaron,
donde cobraba patente
de aquellos mas temerarios,
y enfadado de estar preso,
al cabo ya de dos años,
á un amigo que tenia
muy bien esperimentado,
le encargó que le tragese
una pistola de encaro,
y un cuchillo, porque yá
tenia determinado
el salirse de la cárcel,
con que el amigo, arrestado,
le trajo lo referido,
sin un punto dilatarlo.
Domingo por la mañana,
á hora que están celebrando
la Misa para los presos,
Correa disimulando,
paso entre paso se fué
al Alcaide asegurando.
Así que lo afianzó,
le dice: suelta, tirano,
las llaves antes que veas
tu corazon abrasado;
y viendo que se resiste,
le tiró un pistoletazo
que le dejó casi muerto.
Tomó las llaves y entrado
donde estan siete hombres
á la horca sentenciados,
y con los demas que habia
á la calle los ha echado,
dejando la puerta abierta,
y él se retiró á San Pablo.
De que supo el Asistente
lo que aquí se ha relatado,
mandó que se previniesen
los soldados de á caballo,
la infantería, y tambien
los ministro, y escribanos.
Así que los tuvo juntos,
partió mas recio que un rayo
con este acompañamiento
al convento de San Pablo:
entran, y así que lo ven
empezaron á balazos.
¡Oh infeliz madre Sevilla
qué dia tan desgraciado!
Quién viera al Padre Prior
su Magestad en sus manos,

y las balas que crujian
en medio de aquellos cláustros!
Favor al Rey piden unos,
otros á la Iglesia, dando
voces y tocando á un tiempo
las campanas á rebato.
Aquí de Correa fué
todo el valor necesario;
pero ninguno se arrima,
que los tiene acobardados.
Llegó en esto el Arzobispo,
escomunion promulgando
al que no se salga al punto
con las armas del Sagrado.
Todos salen á la calle,
y con el puesto à su lado,
salió por medio de todos,
se lo llevó á su Palacio.
El señor duque de Osuna
á Madrid se lo ha llevado,
porque su Escelencia quiere
tenerle allí por ahijado,
pero su mucho valor
lo que habia granjeado
con el duque, lo perdió,
pues le sucedió un fracaso
con un marqués á quien dió
una estocada en un brazo.
En efecto lo prendieron,
y el proceso sustanciado,
por ser la parte muy fuerte,
galeras le han sentenciado:
el señor duque se empeña
de que vaya desterrado
solo seis años á Oran,
del Consejo lo ha alcanzado.
Lo llevan á Cartajena,
y en las galeras entrando,
lo encajaron en Oran,
y señalándole rancho,
una noche en su cuartel
estaba, cuando llegaron
una tropa de Oficiales,
de cadetes y soldados,
con algunos instrumentos,
que venian paseando,
y como sacando burla
estas palabras hablaron:
¿Está aquí el jaque Correa?
Aquí se amansan los guapos.
Con la espada salió y dijo:
al que fué desvergonzado
de esta manera respondo,
y á cuchilladas, y á tajos
les ha roto las cabezas.
Y viendo le ván cercando,
se fué á la Iglesia, donde
á otro dia lo sacaron,
y á Ceuta lo remitieron,
donde está por presidario
haciendo notables hechos
siempre que se ofrece al campo
salir á medir su espada
contra los Mahometanos.
Con esto pide el poeta
á vuestros pies humillado,
que les perdoneis las faltas,
que encontreis en estos rasgos.

FIN.

SEVILLA —1856.
Imprenta y Suscricion á lectura de Don J. M. Moreno, calle de Regina núm. 23.